

«Perestroika. Mi mensaje a Rusia y al mundo entero»

Mikhail Gorbachev

BARCELONA. Ediciones B
1987, 237 páginas.

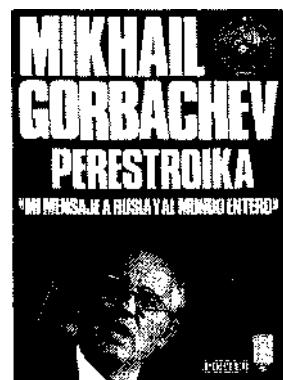
L

AS listas de éxitos en venta de libros de ensayo en España está llena de sorpresas considerables. Por ellas pululan libros de escasísimo valor como biografías de artistas de cine, relatos de historia, ficción o extrañas interpretaciones bíblicas junto al último libro de un político en boga. En estas condiciones no puede menos de extrañar que haya aparecido en ellas (y, además, en un lugar espectacularmente bueno) el libro de Gorbachev titulado «Perestroika». Es un libro cuyo mundo mental, como veremos, tiene muy poco que ver con lo que en Occidente entendemos como fundamento de nuestra política, aborda cuestiones abs-trusas y lo hace con un lenguaje que nos es ajeno. Sin embargo, el éxito está justificadísimo por dos razones fundamentales. La primera consiste en que la personalidad, indudablemente muy atractiva, del dirigente soviético, lo merece. Desde que ha llegado al poder no ha permanecido quieto y la mejor prueba de esta actividad la tenemos en este reciente éxito editorial. ¿Resultaría imaginable en la época de Stalin que el entonces líder soviético vendiera miles de libros en Occidente? Ciertamente no y eso prueba que Gorbachev dista de ser un personaje banal y que sus propuestas no carecen de trascendencia. Pero además probablemente no hay cuestión más importante en el momento actual que emitir un juicio correcto sobre lo que es y significa la Unión Soviética para nosotros. De ello depende nuestra seguridad e incluso nuestra supervivencia; también, sin duda, nues-

tro futuro y presente material, dado lo mucho que nos gastamos en armas.

En el libro de Gorbachev aparecen tres ideas fundamentales que merece la pena recalcar porque nos descubren la realidad de la URSS en el momento actual. La primera es la de que la «perestroika» es algo que se refiere fundamentalmente al funcionamiento de la economía soviética. Gorbachev plantea la cuestión a veces con unos tonos incluso dramáticos: para él es «indispensable e inevitable» y «no tenemos otra alternativa que su aplicación». Las razones que dan para justificar tan severos adjetivos merecen respeto y asentimiento. En los últimos años de la etapa anterior presidida por Breznev se había producido un estancamiento económico manifiesto. Kruschef había prometido que en los años ochenta la Unión Soviética habría alcanzado a los Estados Unidos tanto en producción per cápita como en producto nacional bruto; la verdad es que no sólo no ha sido así sino que la distancia, que disminuyó durante algún tiempo, finalmente no ha hecho más que aumentar y las expectativas para el futuro no son nada esperanza-doras dados los sectores punta del desarrollo económico mundial (informática y robótica) en los que simplemente la Unión Soviética no es competitora. Gorbachev se ha dado cuenta del peligro y le quiere aplicar el remedio de la «perestroika»: «se trata de una reestructuración de la política económica de la que él mismo dice que no afectará a la esencia socialista del régimen».

En lo que respecta a la propia organización política todavía es Gorbachev más taxativo. Ahí sí que no aparecen ideas transformadoras o innovadoras. El Partido único es «iniciador y generador» de la idea de la «perestroika» y no va a dejar de mantener su poder monopolístico. Gorbachev habla de «democracia», pero lo hace en un sentido que es radicalmente distinto al que usa-



mos en Occidente. Para nosotros es pluralismo, libertades, elecciones y prensa abierta a todas las noticias e influencias. Para él es que los dirigentes de las empresas no sean elegidos exclusivamente desde Moscú, el reconocimiento por parte de la prensa oficial de que algunas cosas funcionan mal en la URSS y, sobre todo, asunción por los ciudadanos de que la «perestroika» es necesaria y de que todos los ciudadanos deben colaborar en su ejecución sumándose a sus principios. No hay la menor esperanza de que se introduzcan reformas políticas que cambien la sustancia del sistema político.

El aspecto más positivo de la «perestroika» que se revela en este libro se refiere al nuevo clima de las reclamaciones internacionales. Dice Gorbachev, como es cierto, que la URSS necesita una «paz duradera» para concentrarse en la resolución de sus problemas políticos internos. Lo mismo le sucedió a China hace unos años y el resultado ha sido que ha acabado abandonando la expansión revolucionaria exterior. Gorbachev no hará lo que hizo Breznev interviniendo en Angola, Etiopía o Afganistán. Tampoco, sin embargo, es probable que deje ningún reducto del imperio soviético. La mejor prueba: dice que los afganos pidieron a Rusia once veces que intervenga en su país; lo que olvida es que lo primero que hicieron, nada más entrar, fue ejecutar a su principal dirigente.

Javier Tusell

Las drogas, un problema de todos

Ramón Sánchez-Ocaña

Instituto de Estudios Económicos Colección Tablero. Madrid, 1987, 304 páginas.

R

AMON Sánchez-Ocaña, conocido especialista en el campo de la divulgación científica, ofrece en este libro una muestra más de su capacidad para explicar con sencillez y amplitud una materia compleja, como es el mundo de las drogas.

Los primeros capítulos abordan los conceptos más generales, iniciando al lector en los mecanismos fisiológicos de la adicción, la dependencia y la tolerancia a las drogas, las causas del consumo y la equívoca distinción entre drogas duras y blandas. La segunda parte de la obra se ocupa en describir las distintas clases de drogas, desde las más aceptadas culturalmente, como el tabaco y el alcohol, hasta las más nuevas y peligrosas, como el «crack», pasando por la marihuana, la heroína, la cocaína, los barbitúricos, las anfetaminas y los alucinógenos. Además de recoger las principales características de todas ellas, informa sobre los grados de tolerancia, dependencia física y psicológica, y sobre los diferentes efectos que produce cada particular modo de administración. Siguen unos capítulos dedicados a comentar las trágicas consecuencias del consumo de drogas, con títulos tan sugerentes como «Los niños y la droga», «SIDA y drogas», «La droga en los cuartellos» y «El tráfico y las drogas». El libro concluye con la búsqueda de soluciones y el comentario de las iniciativas que se están proponiendo para mejorar la prevención y la rehabilitación de toxicómanos. Irregularmente repartidos por todo el texto, abundan

los consejos prácticos, que pueden suponer una ayuda inmediata a los lectores que se sientan afectados por alguna de las múltiples situaciones que se plantean.

Aunque el autor se ocupa con algún detenimiento de estudiar el problema del tráfico de heroína, no aborda con profundidad las implicaciones políticas, legales o policiales del comercio ilegal de las drogas. En el enfoque de este libro subyace el convencimiento de que la verdadera solución del problema de las toxicodependencias hay que encontrarla en una vigorosa reacción social que surja de la suma ordenada de tomas de postura individuales, tras una amplia y objetiva información. Las instituciones públicas —políticas, judiciales, educativas, etc.— necesitan el apoyo de un activo consenso social para enfrentarse con éxito a un enemigo a la vez tan poderoso y esquivo. Esto no quiere decir, sin embargo, que deban abandonarse las medidas represivas, pues una copiosa experiencia estadística demuestra que la abundancia de la oferta es uno de los factores que determinan el incremento del consumo.

Es bien conocida la relación que existe entre el consumo de drogas y la delincuencia. La necesidad de costear un vicio caro fuerza a muchos jóvenes a buscar dinero por medios ilícitos y, en muchas ocasiones, violentos. Pero esta ecuación también rige a la inversa, de modo que delincuentes comunes no adictos a las

drogas parecen tener una especial propensión a dilapidar buena parte de sus «ingresos» en evadirse a efímeros paraísos, que resultan, al cabo, trampas químicas, cárceles peores que Cara-banchel. De este modo, droga-diicción y delincuencia son círculos ascendentes de una espiral trágica que conduce a la locura o a la muerte. El criminólogo Jerzy Sarnecki, miembro del Consejo Nacional Sueco para la prevención de la delincuencia, afirmaba en la reciente Conferencia de Barcelona sobre «Abuso de las drogas, delincuencia e inseguridad social», que, tanto en los toxicómanos como en los delincuentes, existen con frecuencia causas comunes en el ambiente familiar y escolar de su infancia. En consecuencia, el tratamiento preventivo de la criminalidad y la drogadicción debe ser unitario y consiste fundamentalmente en adoptar medidas que mejoren la situación familiar de los niños y las oportunidades sociales de los jóvenes. Sarnecki concluye su ponencia con estas palabras: «es inútil tratar la cuestión del consumo de drogas separada de su contexto social».

La experiencia de este criminólogo sueco coincide en lo sustancial con la tesis que Ramón Sánchez-Ocaña defiende en el libro que comentamos. Hay que añadir, no obstante, que Sánchez-Ocaña acentúa la perspectiva de la salud, como cabe esperar de un experto en la divulgación de la medicina preventiva. No hay mejor manera de prevenir la enfermedad de las drogas que perseguir positivamente una buena salud integral, lo que implica rechazar toda dependencia de sustancias que modifiquen artificialmente la conducta.

«El problema no es sólo de oferta, ni de demanda, ni de policía, ni de maestros, ni de padres, ni de autoridades. El problema es de todos juntos... Podemos, debemos ofrecer a las nuevas generaciones algo más...»

Luis Pastor



En busca del tiempo servido

Manuel Fraga Iribarne

Barcelona, Editorial Planeta, 1987, 482 páginas.

T

RAS una descubierta ansiosa, el comentarista ha convivido durante cuatro días de vacación académica con la segunda parte de las memorias políticas de uno de los grandes líderes del conservadurismo español del siglo XX. Por obligación, y también, en buena medida, por devoción, el crítico ha leído —y, en ocasiones, repasado— la casi totalidad de la vasta publicística de este famoso nombre público, pues no en balde la disciplina científica que más ha cultivado es pareada con la de aquel; y en libros y en revistas especializados ha dejado estampado su juicio sobre ellos, a menudo positivo y hasta entusiasta, a las veces.

Como en los recuerdos de la gestión ministerial de Fraga durante el franquismo —junio 1962-octubre 1969 (Barcelona, 1980)— los dedicados a su actividad a lo largo de diciembre 1975-diciembre 1986 discurren por vías muy diferentes a las que encauzan sus múltiples monografías y trabajos académicos, que le consagran como uno de los más destacados politólogos de la España del novecientos. El carácter de la propia actuación política y el clima que la envuelve prestan a las páginas de los recuerdos una vitola muy distante de la frialdad y serenidad de las obras de naturaleza estrictamente científica. Aunque, dado el temperamento del autor, en estas últimas se encuentre también algún reflejo de su sicología y opiniones, en los recuerdos, y de forma muy especial en esta su se-

* Fraga Iribarne, Manuel: *En busca del tiempo servido (Segunda parte de «Memoria breve de una vida pública»)*. Barcelona, Planeta, 1987, pp. 482.



gunda parte, hallamos al hombre, un hombre de cuerpo entero con luces y sombras, con apasionamientos y preferencias, con yerros y aciertos, pero que transmite por toda su escritura un indudable mensaje de autenticidad.

Tal circunstancia valdría por sí sola para resaltar el valor del libro glosado en la muy convencional y ya amplia serie de relatos memoriográficos con la que nuestra literatura política se ha enriquecido en el último decenio. La experiencia de los negocios públicos del antiguo catedrático de la Universidad Complutense, la red inmensa de sus amistades tanto españolas como extranjeras, la vastedad de sus lecturas, su pasión española y su buen narrar se conjugan, además, para hacer de esta obra, conforme ya dijimos en una impresión de urgencia, en una recapitulación crítica de la bibliografía española de 1987, un libro de altos quilates y de obligada, a la vez que placentera, lectura. A pesar de las memorias acerca del tardofranquismo y la transición aún inéditas —Fernández Miranda, Gonzalo Fernández de la Mora, Antonio M.^a de Oriol Urquijo, etc.—, difícil será encontrar en este género un friso construido con mayor solidez de materiales y grácil línea que el retablo abarracado —propio de Celtiberia y de sus gentes— como el que tiene por autor a este Fraga memoriógrafo.

Bien es verdad que la noción de su tarea no es la que más agrada al crítico —nota insustancial— y tampoco quizás la más adecuada para una obra de

recuerdos a la manera de los grandes clásicos del género como Chateaubriand, De Gaulle o Churchill, cuya obra —la del estadista británico— y acaso también con la figura es la que más parentesco ofrece con la del político lucense. «El memorialista no es un historiador ni un literato, sino que cuenta de qué se acuerda y aporta su testimonio» (p. 174). Conforme; pero tal vez demasiado restrictivo y, desde luego, amputador o mutilador de las óptimas condiciones del autor para haber edificado un monumento a la vez literario y un libro de consulta para muchas generaciones de estudiosos. La prueba acaso más concluyente de ello se encuentra en que quizás sean las páginas de redacción suelta y márgenes amplios las más logradas y enjundiosas. Su balance del franquismo; su planteamiento inicial de la restauración monárquica; sus meditaciones anuales; sus observaciones en torno a la situación marroquí; su visión de Hispanoamérica y del indispensable diálogo con ella de su antigua Metrópoli: «España es un país importante sólo en la medida en que sepa situarse dentro del mundo hispánico» (p. 163); su postura ante la Norteamérica de Reagan o la Inglaterra de la «Dama de hierro»; sus impresiones acerca de la civilización chino-japonesa; sus reflexiones en punto al horizonte dramático del cono sur africano; sus consideraciones en torno a Israel, «pueblo de élite, seguro de sí y dominador» —como lo caracterizara De Gaulle en una de sus famosas conferencias de prensa—, pero al borde siempre de crisis de supervivencia; sus notas y acotaciones a la Rumanía de Ceausescu, o el epílogo de la obra contienen la almendra y las principales adehalas de un libro pródigo en ellas. Los cuadros sugestivos logrados en dichos extremos junto a la profundidad del análisis y el atractivo del estilo hacen lamentar que no se hubiera seguido este sendero en todo su discurrir.

Toda la España que cuenta o

ha contado en las esferas políticas y buena parte de la que ha tenido o tiene relevancia en el marco sociocultural comparecen en estas memorias, río en el que se perfila además una inmensa galería de hombres y mujeres de un país que ha vivido con la Transición una de las épocas más singulares de su vieja historia. Si hay algo dominante en las memorias del político gallego es humanidad —rebozante humanidad española—. El periscopio desde el que se observa es —inútil resulta registrarlo— absorbentemente político; y también es de lamentar, por cuanto son muchos los miradores en los que el autor, por su inmensa cultura y su rica, aunque recatada, sensibilidad galaica, ha podido situarse. Pero en este punto sí hay que concederle y otorgarle la máxima libertad de elección lógica y natural, por lo demás, dada su trayectoria, la naturaleza de su testimonio y los gustos y preferencias del público.

El juicio de Fraga acerca de la clase política de la Transición y de algunos de sus poderes fácticos —la Iglesia y la Banca, sobre todo— no es muy halagüeño. Sin convertirse en un *laudator temporis acti*, piensa el autor que comilitones y adversarios en el ruedo político no despuntan por lo acendrado de su patriotismo o la fuerza de su talento. Primates de la Banca y jerarcas de la Iglesia tampoco han dado una talla muy alta en los días climatéricos, en los que España fue en gran parte moldeable, de la Transición. En el panorama social abocetado en las memorias sólo el pueblo, y, dentro de él, su estrato femenino —mujeres vascas, canarias gallegas (triada en la que se resumen las preferencias y agradecimiento del autor)— emerge como el depositario más genuino y noble de las grandes cualidades de una nación guía como la española.

Manifestamente, estas memorias no se han escrito, como tantas otras, para ajustar cuentas a felones, arribistas y malsines. Pero la subjetividad a la hora de enjuiciar comportamientos y

conductas es, a las veces, ¡muy acusada, para bien y para mal..., es decir, para alzaprimar caracteres y actitudes de amigos y para flagelar posturas y hechos de enemigos y contradictores. La forma con que se han redactado unas memorias a caballo entre el diario y los recuerdos *ya\post eventum* ha propiciado grandemente esta axiología, desnaturizando quizás un tanto la frescura del testimonio. La agenda —«A menudo, las notas improvisadas (y no pocas veces ilegibles) tomadas en una agenda, tras un día atareado y enfollona-do son difíciles de descifrar» (p. 158)— que vertebría y da pauta a todas las memorias no está escrita al día, con instantaneidad y espontaneidad, sino elaborada posteriormente con los materiales recogidos, eso sí, a pie de jornada. Procedimiento que permite al autor reforzar tal rasgo de una personalidad o difuminar tal otro, de acuerdo ya con la visión tenida a la hora de la escritura definitiva.

Pese a que la generosidad predomina en valoraciones y juzgos, éstos se resienten, como es natural, de unos acontecimientos asumidos con estimable talante por el autor, pero ¡cuya mente grabaron, si no a fuego, sí, cuando menos, con imborrable impronta. Retratos como los de Alberto Ullastres, —«una persona buena y eficaz; buen amigo y compañero, injustamente olvidado» (p. 205)—, Tierno Galván —«Descanse en la paz de los ingenios superiores. En algún sitio dialogará con Kant y con Quevedo» (p. 415)—, J. L. Sampedro —«Excelente compañero y un buen amigo [...] Cabeza brillante, escritor ingenioso, es una delicia pensar lo que podría ser un buen diálogo en España con hombres como él, diferentes en pensamiento, pero sin prejuicios ni resentimientos» (p. 94)—, Pedro Gamero del Castillo y hasta globalmente los de Areilza, Seni-llosa u Osorio muestran la objetiva y noble paleta del autor; hay otros, en los que por defecto o por exceso el pincel se convierte un poco —incluso, contadas ve-

ces, un mucho— en brocha gorra. Los lodos y polvos de la política —*res dura*— se acusan ostensiblemente aquí; como también —hay que decirlo en descargo del autor— el exceso de reconocimiento hacia los leales y los fieles gardingos, espécimen rara en las actividades políticas (¡Magnífico el apotegma del mexicano Díaz Ordaz, recordado dos veces por el propio Fraga...!)

Algo críticamente se expresan las relaciones de Fraga con el Rey Don Juan Carlos. Al leer su relato, que el propio autor advierte que es voluntariamente sucinto —por no comprometer sin duda a la institución—, el contemporaneista traza sin querer un paralelo con los contactos de Antonio Maura y Alfonso XIII. En la crisis que diera el poder a Adolfo Suárez, la «hora» de Fraga parecía haber pasado para la Corona. Después, se recompuso lentamente la sintonía con un Fraga menos hirsuto y altivo que el político mallorquín, pero tal vez frustrado en su gran oportunidad. Capítulo éste de un interés historiográfico superior, al que los investigadores del futuro tendrán que dedicar desvelos y vigilias, en los que el material aportado en el libro de Fraga suministrará más de un dato de análisis y reflexión.

Acreedora a una mención especial en tal extremo, aventuramos, es la posición del autor frente al «presidencialismo» de Suárez y Felipe González, cuyo afianzamiento implicaría una reversión completa de la estructura institucional y constitucional de nuestro país.

De la política «menuda» —que, a lo mejor, para la Historia se convierte en «grande» o se volatiliza por entero— de estos años revueltos se colectarán en la obra apuntes e informaciones sin cuento. Acontecimientos, actores y actrices, anécdotas, chistes, hilos de Ariadna de graves temas —origen y desarrollo de la Constitución de 1978, por ejemplo— y de intrigas —innumerables...—; cabos sueltos y nudos gordianos acerca de *re rumorógi-*

ca — entrechocar de sables, levantamiento de alfombras, secretos cancillerescos—, meditaciones volanderas y sesudas consideraciones; todo ello y mucho más agavillará el moroso lector de estas memorias, retablo de las maravillas de la Corte y provincias de España en los años de 1975-86.

Sin ningún ambage se pronuncia el que fuera durante una década el líder indiscutido de la derecha española durante la Transición acerca de ésta. Sus conocidas tesis acerca de la extirpación de los demonios familiares que han impedido la unión de las fuerzas conservadoras —responsables de importancia, aunque no únicos, los nacionalismos vasco y catalán—; de la necesidad de un fuerte bipartidismo; de la primacía de la política de realidades y de la urgencia para la sociedad española de un rearreglo moral como punto indispensable y básico para cualquier empresa colectiva de engrangadura, son expuestas pedagógicamente, es decir, machaconamente, a través de numerosos pasajes del libro. Este es, según Fraga, el camino que conduce al porvenir trazado hodierno por las naciones que figuran a la cabeza del progreso económico y social.

Consecuentemente, su chequeo de las fórmulas opuestas es negativo, afirmándose el agotamiento de la capacidad creadora del socialismo y la proclividad incoercible del comunismo al monolitismo y la dictadura. En cuanto al balance de la Transición, el gran reto de ésta —crear una nueva convivencia en paz y libertad— se logró en conjunto más por la actitud del pueblo que por el protagonismo de sus mediocres gobernantes. El encarrilamiento por vías democráticas de la derecha española fue una premisa indispensable para ello (muy elocuentes son las dos entrevistas mantenidas entre Fraga y Blas Pinar, un poco a *fortiori* del primero). Y muy legítima y comprensiblemente se vanagloria el político gallego de haber tenido parte muy principal en aquella orientación...

Más dan de sí, claro es, los presentes recuerdos. Otros muchos territorios —el universitario, el periodístico, el cinegético o el teatral, *verbi gratia*— cabe explorar con su lectura; hasta el curioso o el entendido en gastronomía ampliará o confrontará datos destacados acerca de la materia. Quede, sin embargo, para otros —no sin envidia— el escolio de tan sabroso festín cultural. No son estas memorias un cajón¹ de sastre; pero las muchas andanzas de su autor por el ancho mundo y la espaciosa España —es el político que mejor la ha conocido geográficamente en toda nuestra historia— permiten recoger, al paso, saberes de muy variada naturaleza. Así sucede siempre con los buenos libros, que dan más de lo que prometen por su intitulación o índice.

En el comentario precedente a que se ha hecho ya alusión, expusimos las desgraciadas secuelas de las prisas con que se ha escrito y publicado la obra objeto de estas líneas. Las tropelías tipográficas cometidas por ellos son innúmeras. Como efecto secundario, este lujo de gazapos provoca la confusión en el lector a la hora de la atribución de responsabilidades gramaticales y estilísticas, vacilándose entre el autor y el tipógrafo —o los ordenadores y los sistemas de fotocomposición, claro es...—. De cualquier modo, el descuido, el desaseo de la redacción es tanto que da para todo. Así, las repeticiones de vocablos en el mismo párrafo y a veces en la misma línea se detectan *ad nauseam*. He aquí algunas perlas cultivadas (sin propósito alguno de exhaustividad): «Principio de acuerdo sobre televisión privada y, sobre todo, sobre» (p. 400); «La presencia de todos los miembros de los jurados da lugar a una presencia» (p. 401); «consideran vital el proyecto europeo Eureka y difieren sobre el apoyo al proyecto americano "guerra de las galaxias"; que Kohl considera» (p. 390); «Miguel de la Madrid, presidente de México, visita Madrid (*ibid.*); «continuar sus estudios a un colegio canadiense;

continuó (p. 392)»; «buena conversación con él y con J. M. Concejo, buen» (p. 363); «es indudable que después de siglos de feudalismo, y del colonialismo japonés, allí se ha producido una revolución económica y social de signo positivo. Es indudable» (p. 245); «Siempre interesantes y siempre difíciles, sobre el tema eterno y siempre» (p. 67); «siempre y mucho más en los tiempos recientes, la política se ha hecho siempre» (p. 63). En fin, no cansaremos de antemano al paciente lector, si bien le avanzamos que en su paso por el libro comentado descubrirá más perlas y una amplia colección de baratijas de esta parafernalia antigramatical y contraestilística; aunque —para ser justos en este terreno— también le adelantaremos que encontrará aciertos neologísticos como el de «blandean» (p. 159), y rasgos de humor incontables, que emparejan al autor con maestros célticos del tenor de Camba y Fernández Flores.

Quizá sea bueno escribir, como recomendaba Ortega, con agresiones a la gramática. De seguir el consejo del egregio filósofo, el autor ha ido demasiado lejos en algunos párrafos emperrados de anacolutos, hipérbaton, solecismos y toda la extensa panoplia que antigüamente beneméritos maestros enseñaban a reprobar en las escuelas. Es lástima que un político dotado de la facundia y un escritor de la indudable facilidad de Fraga, cuya pluma se ha mostrado en muchas ocasiones de amplios y sobresalientes registros literarios, haya puesto tan escaso cuidado en el vehículo expresivo de su pensamiento y opiniones. Algunos ilustres escritores del conservadurismo español —entre ellos el tan admirado por Fraga, también por su ocasional crítico, José M.^a Pemán—, pensaron que las grandes batallas de las ideas se libraron —y se perdieron muchas veces— en el camino de las for-

José M. Cuenca Toribio